

CREENCIA Y FANATISMO

Por LUIS CARLOS TRUJILLO POLANCO

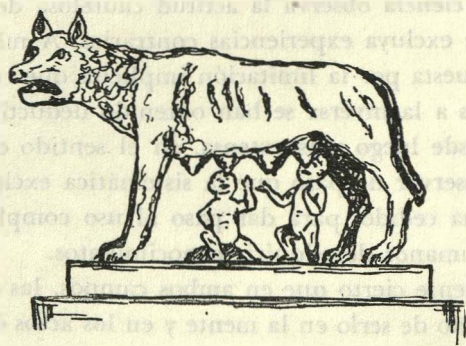
Hay en varias de las últimas obras de Bertrand Russell una afirmación tanto más inquietante, cuanto que expresa una tesis que tiende a ser profesada generalmente. Afirma el autor citado que la adhesión a un credo, cualquiera que este sea, conduce al fanatismo y que en consecuencia debe evitarse la primera para impedir los efectos disociadores del segundo. Se trata en otros términos de prescribir el escepticismo, para evitar resultados inconvenientes de orden práctico. No es diferente en modo alguno, el planteamiento pragmático al respecto. Considero de importancia antes de proseguir, precisar las acepciones del vocablo *dogmatismo*. En su sentido prístimo, expresa la adhesión del entendimiento a una proposición que se tiene por verdadera. En un sentido vulgar, suele designarse en tal forma, el punto de partida de la deducción y en veces la observancia inflexible de la lógica en el raciocinio, y en forma todavía más impropia y por tanto más frecuente se denomina dogmatismo la intolerancia verbal.

Es un hecho reconocido el de que, entre las proposiciones afirmadas como verdaderas, algunas se han logrado inductivamente y respecto de ellas la ciencia observa la actitud cautelosa de no aseverarlas en forma que excluya experiencias contrarias. A mi entender esta cautela es impuesta por la limitación implícita que comporta toda experiencia. Otras a la inversa se han obtenido deductivamente y su predicación es desde luego más extensa, en el sentido escolástico del término. Cabe observar de paso que la sistemática exclusión del método deductivo, ha cedido, para dar paso al uso complementario de los dos medios humanos de adquirir conocimientos.

Es históricamente cierto que en ambos campos, las conquistas de la razón, han dejado de serlo en la mente y en los actos de los corifeos y generado incontables desgracias. Pero semejantes consecuencias han sobrevenido en mi sentir por un error de valoración, que es necesari-

rio tener presente para evitar el resultado advertido por Russell. Este error consiste, en la justificación de los medios de expansión de una doctrina, en función del grado de confianza en su certeza. Pero estamos en presencia de un juicio ético, posterior al juicio lógico mediante el cual adherimos a una proposición. Supuesta la honestidad en el acto de adherir a una verdad, la consecuencia anotada por Russell no tendría como causa el acto inteligente de creer en la verdad de un juicio, sino el error o falsa apreciación posterior en la manera de obtener que nuestra certeza sea compartida. Esta equivocación respecto de la licitud en los medios de convicción es la que conduce al fanatismo y a sus indeseables consecuencias. Pero nadie sería honrado si le atribuyera vitandas secuelas a un credo, respecto del cual estas sólo constituyen su negación en no pocas ocasiones.

Así se torna comprensible el hecho de que las más admirables conquistas de la inteligencia y de la fe, llamadas a responder a los interrogantes insolutos con que se angustia Russell en sus *Ensayos impopulares* hayan sido motivo de que equivocados apóstoles y sicofantes, las hayan convertido en fuente de incontables males para la humanidad en continua y defraudada expectativa. Fe y fe robusta e ilustrada, no menos que honestidad intelectual es lo que requerimos. Es por demás consolador que en la *Influencia de la técnica en la sociedad* el mismo autor demande la adhesión optimista a las soluciones que esboza, como condición fundamental para su logro.



Cultura y Civilización

Por ARGEMIRO MESA GARCES

“Así como una doctrina sólo tiene necesidad de ser definida después de la aparición de una herejía, una palabra no necesita de esta atención mientras no haya sido degenerada por el uso impropio.”

Thomas Sterne Eliot.

En verdad que sobre un tema tan humanístico y digno como este, cualquiera, medianamente preparado, quisiera hablar y exponer lo que siente en su interior cuando evocamos términos tan nobles y sublimes, producto de nuestra época moderna, como son cultura y civilización.

Ellos rememoran aquella época del siglo XVIII cuando el romanticismo filosófico y literario invadió los jardines del espíritu y de una filosofía objetiva y realista como la del medioevo, y después la materialista y sensualista de Locke y Condillack, pasó, por reacción espontánea y natural, por una de aquellas antítesis encomiables en la historia, mediante las cuales el espíritu logra desencadenarse de la pura materialidad y volver al paraíso de su grandeza y espiritualidad, a una filosofía idealista, altruista y casi sobrehumana.

Es verdad que en épocas antiguas los términos existían más o menos exactamente iguales en su forma material, pero nunca estuvieron tan grávidos y fecundos ideológicamente como cuando Kant, Wolf y Buriot se empeñaron en divulgarlos por Alemania y toda Europa, pese a que el término civilización era considerado como un neologismo.

Los sinónimos más corrientes eran: progreso, luces, época de la razón, etc., todos los cuales reflejan maravillosamente aquella euforia ideológica del romanticismo. Sin duda que los ojos atónitos de los más insignes humanistas contemporáneos, miraban con asombro y con alegría a la vez la pleamar ideológica, entusiasta y original y buscaban entonces un término más preciso y significativo que el de Filoso-